

BARTOLOMÈ BLANCO

En Pozoblanco, un pequeño pueblo de la provincia de Córdoba (España), nació el 25 de diciembre de 1914, Bartolomé Blanco. Sus padres, Ismael y Felisa se habían casado un año antes y el nacimiento del pequeño Bartolomé vino a iluminar la Navidad de aquel año, marcado por la guerra europea y por la pobreza en una España exhausta y al borde de una crisis económica, política y social. El mundo, como se había conocido hasta entonces, parecía desmoronarse definitivamente.

La infancia de Bartolomé estará marcada por la pobreza, el dolor y la pérdida. Ismael y Felisa tienen su segundo hijo en marzo de 1917. Es una niña y la llaman Baldomera como su abuela materna. Una bronquitis se llevará a la pequeña con solo 18 meses, en septiembre de 1918. Un mes y medio después morirá su madre, la joven y guapa Felisa, a la edad de veintisiete años. Felisa no soportó el virus de la gripe y deja huérfano a Bartolomé antes de cumplir los cuatro años.

No le faltó el cariño de su padre ni de sus tíos al pequeño Bartolomé. Era la alegría de la casa. Corría y se divertía jugando sin parar. Pronto comenzará a ir a la escuela. Aprende a leer y a escribir y se adentra en las primeras cuentas. Estudia el catecismo y como todos los niños de su edad se prepara para la Eucaristía. Bartolomé hizo su primera comunión en 1923, en la parroquia de Santa Catalina, de manos del párroco don Antonio María Rodríguez Blanco. La Providencia querrá que aquel santo sacerdote, antiguo alumno salesiano de Utrera y cooperador salesiano, compartiese con Bartolomé el mismo horizonte del martirio, muchos años más tarde.

Pero es sabido que las desgracias nunca vienen solas. Su padre, aparcerero del campo andaluz, se ganaba honradamente la vida cultivando trigo, cavando olivos y cuidando las bestias para trabajar la tierra. La desgracia quiso que un desafortunado accidente acabara con su vida. Un carro demasiado cargado volcó en el camino aplastando a Ismael y abocándolo sin remedio a la muerte. Era el 6 de septiembre de 1926. Bartolomé no había cumplido aún los doce años y la orfandad más absoluta golpeaba su niñez y marcaba para siempre su vida.

1. Buena tela

A pesar de tener facilidades para el estudio, Bartolomé tuvo que dejar muy pronto la escuela. Tras la muerte de su padre y la acogida en la casa de sus tíos, que sería desde entonces su familia, la situación económica era muy precaria. Nuestro protagonista tuvo que dejar la escuela a la edad de doce años porque, como tantos niños en aquellos momentos difíciles, había que trabajar. Lo hizo en el taller de sus primos, haciendo sillas para las casas y familias de la comarca. El oficio de "sillero" será para él un constante recuerdo de la dignidad del obrero que, con humildad, busca ganarse honestamente la vida.

En 1930, los salesianos llegaron a Pozoblanco. La primera comunidad llegará en septiembre de 1930. Eran cinco salesianos, con don Antonio do Muiño al frente como director. Muy pronto se supo en el pueblo que la casa de Don Bosco era la casa de los jóvenes. El colegio, el oratorio y la iglesia se convirtieron enseguida en puntos de referencia en la vida de las familias del pueblo. Bartolomé se sintió cautivado enseguida por los salesianos. Su espíritu alegre e inquieto encajaba a la perfección con el estilo de

los hijos de Don Bosco. Primero como oratoriano y como catequista después, frecuentó la casa salesiana entre 1930 y 1935, siendo querido y apreciado por todos por su ingenio, su compromiso apostólico y su capacidad de liderazgo. Fue catequista, animador del oratorio, cultivó el grupo de fe junto a sus compañeros para su formación y era frecuente verlo subido a las tablas de un teatro representando una comedia con la chispa cordobesa que lo caracterizaba.

Acompañado espiritualmente por Don Antonio, Bartolomé aprendió a llamar a la Virgen Auxiliadora y acrecentó su devoción a Jesús sacramentado. Se dejó empapar de la alegría salesiana y disfrutó poniendo sus capacidades al servicio de los niños en la catequesis o en el oratorio. Tenía un don especial. Ejercía un liderazgo natural que lo llevaba a ser capitán de aquellos muchachos que acudían cada domingo al oratorio y encontraban en Bartolomé un animador acogedor, animoso y creativo. El estilo salesiano hecho de alegría, optimismo y espíritu de familia encontró en Bartolomé un terreno abonado para echar raíces. Se sintió enseguida identificado con la sencillez y el buen humor de los hijos de Don Bosco. Descubrió que el camino de la santidad es cotidiano y recorre las veredas del deber cumplido, la amistad con Jesús y María o el apostolado entre los compañeros. Bartolomé, un joven de quince años, empezó a caminar con paso firme y decidido en su compromiso con el Evangelio. Como aquel otro joven santo de quince años en Valdocco, Bartolomé entendió que en la casa de Don Bosco la santidad consiste en estar siempre muy alegres. La alegría que viene de Dios y que transforma a las personas.

2. La primera Olivetti

Don Antonio lo animará a participar en lo que entonces se llamaban «Círculos de Estudio» y que el director salesiano había organizado en el mismo colegio dirigiéndolos personalmente. Se trataba de grupos de formación y reflexión cristiana para jóvenes. Se estudiaban los Evangelios y se profundizaba en los textos tratando de iluminar la propia vida para ayudar a los chicos a un mayor compromiso por los demás. Fue así como, poco a poco, Bartolomé se implicó más y más en la Acción Católica desde sus convicciones cristianas, su compromiso evangélico y el deseo de una vida santa.

Comienza en aquellos años una actividad literaria importante. Bartolomé lee y escribe mucho. Don Antonio, atento y expectante a todo lo que se refiere a él, le hace un regalo singular: una maquina de escribir *Olivetti*, moderna y de bella factura. ¡Todo un privilegio! Conservamos muchos de sus escritos de aquella época, fichas, discursos, artículos... escritos con la *Olivetti* de don Antonio. Don Antonio le dio lo que necesitaba: el afecto del padre que había perdido, la inquietud y la avidéz de cultura, un fuerte sentido de la justicia social, un camino espiritual y una *Olivetti*. El buen sacerdote había descubierto en el joven Bartolomé un diamante en bruto, con unas capacidades poco comunes y salió al encuentro de sus necesidades.

3. Llegó la hora

Fruto de sus convicciones religiosas, desde su identidad de obrero católico, Bartolomé se adentró poco a poco en el compromiso social y político y participó activamente en las elecciones de 1933. Eran elecciones especialmente importantes en las que, por primera vez, votaban las mujeres en unos comicios libres. Fue decisivo el discurso que, en nombre de la Acción Católica pronunció en el transcurso de un acto electoral en su

pueblo con la presencia de notables personalidades políticas de la época. Bartolomé Blanco contaba por entonces 19 años. Sus compañeros decían de él que era un joven recto y valiente, con una inteligencia inusual para alguien de su clase que no había tenido la oportunidad de estudiar más que las cuatro letras. Llevaba a gala su origen humilde y hacía de su condición de obrero una bandera para defender su posicionamiento político. Defensor de la monarquía, de los derechos del pueblo y de la Iglesia, su condición de católico le llevó a asumir las tesis de la doctrina social, con la que se sentía plenamente identificado. Aquella noche, le habían encomendado el discurso de apertura del acto y la tarea de ser introductor de los oradores.

Al terminar su discurso, unos segundos de silencio y la gente prorrumpió en aplausos poniéndose en pie. Dicen que aquella noche no hubo más discursos. No como el de Bartolomé. Un joven trabajador que no era político ni aspiraba a sentarse en el Congreso de los diputados, pero que aquel 5 de noviembre dio una lección de compromiso social que dejó boquiabiertos a los propios oradores a quienes tenía que presentar. Uno de los políticos presentes, asombrado de la elocuencia de aquel joven, se interesó por él y percibiendo la valía del muchacho, le procuró una entrevista en Madrid con uno de las más prestigiosas figuras públicas del catolicismo del momento en España, Don Enrique Herrera Oria, abogado del estado por oposición y doctor en derecho, una de las personas mejor preparadas del país. Periodista y político, dotado de una espléndida inteligencia, estaba dedicado por completo a la causa de la defensa de los obreros desde la convicción de que la Iglesia puede ayudar decididamente al cambio social.

Tras la entrevista, Herrera Oria se quedó prendado del potencial de Bartolomé y le subyugó su humildad. La ofreció la posibilidad de formarse en el Instituto Social Obrero, que él mismo había fundado un año antes, para forjar líderes cristianos que, a partir de la Doctrina Social de la Iglesia, se comprometieran públicamente con la causa de los obreros y trabajaran por la justicia social. Bartolomé creyó estar soñando. ¡Una oportunidad única! Hicieron una excepción con él, puesto que todavía no tenía la edad necesaria para incorporarse al curso. Valió la pena el esfuerzo. El Benjamín, como así lo llamaban sus compañeros por ser el más pequeño, se granjeó enseguida la amistad y el aprecio de todos en el ISO. Despuntó por su inteligencia y su capacidad de liderazgo, por su humildad y su fuerza de voluntad para superar todos los obstáculos del estudio que afrontó con decisión. En aquellos años, acrisoló también una recia espiritualidad sustentada por el amor a Jesucristo en la Eucaristía, la revisión de vida y la oración cotidiana.

Al terminar el curso, fue becado por la institución para un viaje de estudios por Europa entre el 10 y el 26 de septiembre de 1935, para conocer la realidad de la acción sindical obrera católica del continente. Era una oportunidad excelente de formación y *el benjamín* tuvo la suerte de ser seleccionado entre los once alumnos que participaron. Fue un concurso por méritos y capacidades. Bartolomé, el último llegado de su promoción, se había ganado a pulso el estar entre los escogidos. Paris, Bruselas, Amberes o Heerlen fueron algunos de los destinos visitados. Fue un viaje decisivo. Se trataba de forjar un líder y experiencias como éstas abrieron horizontes y alentaron el compromiso.

Al volver a casa, se empeñó aún más en su trabajo al frente de los sindicatos obreros de la provincia de Córdoba. Con creatividad, impulsó nuevos proyectos y se implicó en la organización coordinada y eficaz de la formación de sus compañeros. No dejó nunca de trabajar. En sus periodos en casa, siguió amarrado al taller, con sus primos, obrero entre obreros. No se desclasó. No perdió su humildad. Era consciente de su misión y siguió

alimentando su vocación y su apostolado con una vida espiritual fuerte y recia. Como el metal en el fuego, Dios iba acrisolando en él una santidad sencilla y honda. Como si la Providencia fuera preparando el horizonte al que estaba llamado. Nada se improvisa. No en los tiempos de Dios.

4. Las fauces del león

A inicios del mes de octubre de 1935, Bartolomé se incorporó a filas para cumplir con su deber en el servicio militar. Fue en Cádiz. El soldado Bartolomé Blanco continuó su servicio militar sin especiales sobresaltos en lo personal, pero inquieto por el cariz que iban tomando las cosas. Los primeros meses del nuevo año de 1936 no hacían augurar nada bueno en el ámbito político y social. Todo se precipitó tras el resultado de la primera vuelta de las elecciones del 16 de febrero que propiciaban un giro en la política nacional y un cambio de escena en el Parlamento.

Una ola de violencia se extendió por todo el país buscando desestabilizar el sistema. Se desencadenó una verdadera persecución religiosa por odio a la fe. Quema de conventos, destrucción de imágenes, asesinatos de religiosos, sacerdotes y laicos católicos... el terror y el miedo sembraron de incertidumbre todo el país que se avocaba a un conflicto de dimensiones extraordinarias y con consecuencias impredecibles.

El estallido de la guerra civil sorprendió a Bartolomé de permiso en su pueblo. Allí fue delatado por su condición de líder sindical católico y defensor de la causa obrera. Fue apresado y tras unos días en la cárcel de Pozoblanco, fue trasladado a Jaén donde fue ejecutado tras un juicio inicuo y sumarísimo acusado de no abjurar de su fe y mantener vivo su compromiso con el evangelio.

Vio venir la muerte con una serenidad recia y madura. Días antes de ser asesinado se despidió de su novia escribiendo desde la prisión con una lucidez estremecedora:

“Querida Maruja: como te quise te querré hasta el momento de la muerte. Dios me llama; Dios me llama a su lado, y a El voy por el camino del sacrificio. No culpes a nadie de mi muerte; perdona en nombre de Dios como El perdonó y yo también perdono(...)Hasta la eternidad. Tu Bartolomé”.

Y a su familia la noche antes de morir fusilado:

“Sea esta mi última voluntad: perdón, perdón y perdón (...) Que os sirva de tranquilidad el saber que mi serenidad, en las últimas horas, es absoluta por mi confianza en Dios”.

Sabemos que Bartolomé pidió ser fusilado descalzo y con la mirada descubierta. En el momento de la andanada gritó, según los testigos: ¡Viva Cristo! Quería asemejarse a su Señor, desnudo en la cruz y con la confianza en la misericordia del Padre. Era el alba del 2 de octubre de 1936.